

LA PRIMERA DAMA SE DIVIERTE

ARIEL DORFMAN

SE hace cola como para penetrar a un avión. Hay que pasar obedientemente uno por uno a través de puertas electrónicamente vigiladas. Pero al otro lado del control, no hay un avión, y el viaje no es a otra ciudad ni a otro país. Más allá de los ojos escudriñadores de los agentes de seguridad presumidos con los últimos artefactos, está la Casa Blanca. Y el viaje es al siglo pasado, el siglo pasado como lo sueñan los norteamericanos.

Porque una vez que se deja atrás aquel pòrtico estilo aeropuerto, el siglo XX queda excluido. La Casa a la que se entra, la Casa que ha visto pasar casi doscientos años de febril renovación tecnológica, la Casa que alberga al Presidente de un país que proclama como una de las razones de su poderío la capacidad para ponerse al día y modernizarse y computadores y satélites y lo que sea, esa Casa aparece congelada en el pasado remoto de los tiempos de su construcción, cuando los EE.UU. eran una nación reciente.

Esa ausencia persistente de lo contemporáneo, de todo lo nuevo y contestatario, llama la atención en un tour de la Casa Blanca. Los muebles, decorados, espejos, alfombras, se acercan lo más posible a los viejos palacios europeos de los reyes en contra de quienes se llevó a cabo la guerra revolucionaria — mala palabra hoy en EE. UU., esa palabra, pero repítamola — revolucionaria de la Independencia. Este apego a la tradición no debería asombrarnos. La antigüedad siempre ha sido un valor codiciado en las repúblicas relativamente jóvenes y a los Estados Unidos les sirvió además para combatir una crisis de crecimiento y de identidad. Los trece Estados que se caían al Atlántico cuando esta Casa fue levantada, se expandieron rápida y desmesuradamente en población y territorio. Recibieron dentro de sus fronteras a transmigrantes de todos los países y si la mayoría de ellos fueron absorbidos, hoy las minorías negras y latinas constituyen cerca del 30 por ciento de los habitantes. Los inicios quedan lejos. Y para convertirse en un poder mundial e imperial, mucho tuvo que suceder en esa Casa, mucho que estaba lejos de ser blanco. Habiendo redecorado con saña su paisaje exterior, víctima de un

cambio industrial vertiginoso, no es extraño que la residencia del Presidente tratara de resguardarse de las alternaciones, buscando anclarse en un pasado mítico y venerable, queriendo conservar a toda costa el estilo de los orígenes. Es fácil para el turista deslumbrarse con la fachada de la Casa, con sus arañas de luz y manteles de encaje, y olvidar que los fundadores de los Estados Unidos fueron calificados de subversivos, perturbadores y rebeldes contumaces. En un mundo cambiante en que parece haber cada vez menos control sobre lo que está pasando, ese paseo nostálgico pro-

Bombay divisó, tras la mugre en un cuadro, unos atisbos de ladrillos muy poco hindúes. Cuando restauró el cuadro, lo pudo vender a precio de oro, porque resultó ser una panorámica original de Boston en 1830. Ahora se pagaría medio millón de dólares. No está mal para una inversión inicial de siete dólares, ¿no? Los Presidentes, que encarnan el mito más entrañable norteamericano, el de que todos los hombres se hacen solos (*self-made-man*), y suben al éxito y a la riqueza desde cero, están rodeados de baratijas que imitan el mismo camino a la gloria. El pasado, entonces, no



yecta para el ciudadano una imagen de estabilidad, reposo y continuidad. Algo similar le ocurre al personaje *Linus* de la historieta *Peanuts*, que se ha hecho famoso por andar siempre con su manta pegada a la oreja en busca de seguridad.

Claro que invertir en el pasado no es un mero ejercicio emocional. También da dividendos monetarios. El guía se preocupa de señalar la diferencia entre el valor inicial de cada objeto y su actual precio. Tal estudiante pagó 50 dólares para que el equipo de demolición de una vetusta casa de Virginia le permitiera llevarse lo que se le autojara. El papel mural que rescató industriosamente ahora vale centenares de miles de dólares. Algo parecido le pasó a un aficionado a la pintura que en un mercado de

sólo reconforta ideológicamente. También remunerera.

Se pensaría que tal fijación en el pluscuamperfecto, tendría a lo menos la ventaja de otorgar cierta unidad decorativa, cierta austeridad armónica, a la Casa Blanca. Nada de eso. Allá adentro se recargan y amontonan objetos de todo tipo: cuadros y sofás y porcelana y mesitas de luz y copetería y los etcéteras imaginables. De pieza en pieza, nos satura una mezcla casi *kitsch* de colores y variaciones que van a la par con las anécdotas. En esta habitación, la anchoveta, el helado, los macarroni y las almendras se paladearon por primera vez en los Estados Unidos. En esta otra, la mujer de John Adams colgó su ropa a secar. En la de más allá, los hijos de un Presidente anduvieron a



«La Casa Blanca amontona objetos de todo tipo: cuadros y sofás, y porcelanas, y copetería, y mesitas de luz y los etcéteras imaginables; recuerda el apartamento de unos recién casados cuando muestran toda la gama de inservibles regalos de boda.»

caballo porque afuera llovía y su padre era hombre de honor y palabra. En la bañera de Taft, caben cuatro hombres gordos sentados. Pero la historia trivializada, digna de las habladurías y chismorreos de algunos periódicos, no logra esconder algo evidente: la Casa Blanca es incómoda, y satura y fatiga la atención del visitante como la bodega densa e irrespirable de un anticuario. Las cosas no caben. Ir a la Casa Blanca de pronto recuerda el apartamento de los recién casados el día en que vienen de visita una caterva de parientes a los que hay que mostrar toda la gama de inservibles regalos de boda.

Y como en las mejores familias, nadie se atreve a consignar la mitad de los accesorios a un sótano lejano. La razón se descubre a poco andar. Cada Presidente quiere dejar su leve marca en la Casa Blanca, su marca física, y con cada Presidente entra una Primera Dama. Así se fueron sucediendo y atropellando dos centenarios de vaivenes y manos, principalmente femeninas, que han ido agregando, suprimiendo, convulsionando, coleccionando, ordenando y reordenando incesantemente. Siempre que se respete el gusto de las antecesoras, siempre que no se haga tabla rasa, siempre que no se coquetea con el arte experimental, hay mucho que se puede readornar. Por eso, el pretérito no cabe en el presente, y lo desborda. Hay demasiadas mujeres de Presidentes, muertas y todavía dis-

putándose desde la ultratumba y desde los retratos implacables en las paredes, los cortinajes del momento actual, ejerciendo su privilegio de vencedoras, apostando a la inmortalidad en un cenicero. Puede ver a las mujeres aquellas, todas decididas a persistir en la memoria del único modo material en que lo aprendieron: mientras sus maridos remodelan la historia externa, ese mundo en que los hombres matan y producen, ellas se dedican a la decoración de interiores, preparan la versión inocente y escéptica de esa historia para que las futuras generaciones la puedan admirar. Puedo verlas, madres de la patria y nunca de la patria, decididas a dejar su impronta, y dejarla en aquello único que cualquier otra mujer reconocería, que cada turista ha de admirar, la Casa de Todos, que por unos años es Mi Casa. Con cambiar una silla, con adquirir un óleo, con bautizar un matiz, con instalar por primera vez candelabros eléctricos, se gana el derecho a entrar a la chismografía cósmica, se ingresa al manual del turismo, se penetra a la cháchara del agente del servicio secreto que con tono de animador de concursos de TV parece estar vendiendo entradas a un anecdotario más que a una mansión. La influencia considerable que haya tenido esa mujer en las decisiones de su esposo, ese poder de alcoba o cocina, sus intervenciones caritativas a favor de los huérfanos, las artes o las inauguraciones de sub-

marinos, todo eso se lo tragó el tiempo. Lo único que queda para que se las recuerde fugazmente, y las mujeres lo intuyen, se les ha entrenado para que jamás lo olviden, lo único que queda es la casa eternamente reddecorada, como una ilusión de que el tiempo no pasa.

Al salir de la Casa Blanca, como si viniéramos de una sala oscura donde se proyecta un film, tenemos que ajustar nuestros ojos a la luz. Pero no es la luz la que daña y duele. Es la realidad. Allá afuera, en el mundo real e inverosímil que duele y daña, las radios nos anunciarán hoy mismo que Reagan ha autorizado la bomba de neutrones.

Por un momento, me cuesta fijar la Casa de inocente fachada y fantasmada de niños que anduvieron a caballo en una de sus habitaciones y lenguas que saborearon por primera vez las almendras, como el sitio precioso del cual provino esa decisión y tantas otras que afectan el futuro de mis nietos, si los hay, el futuro de la humanidad, si logramos sobrevivir.

Pero luego reacciono. Se trata, después de todo, de una bomba que mata seres vivos y deja intactos los edificios y las propiedades, que paraliza el corazón y el cerebro sin destruir una lámpara o un alfiler. No cuesta tanto imaginarse a Ronald Reagan haciendo el anuncio en medio de los retratos y los tapices y los salones que su mujer Nancy sueña en decorar y reddecorar otra vez y otra vez y otra vez. ■ A.D.